

Manual del Caballero Rosacruz

Aldo Lavagnini - Magister

002

LA GRAN DEMOSTRACIÓN

Entre todos los hechos y milagros de Jesús, a demostración de sus enseñanzas y de sus palabras, ninguno tuvo más importancia y más resonancia, que aquel de su realización de la inmortalidad, de la vida espiritual en el dominio **-o Templo físico-** de la manifestación material a través de la muerte aparente (y completa, desde el punto de vista exterior) de ésta.

A esa demostración se refieren proféticamente sus mismas palabras en muchos pasajes evangélicos, como por ejemplo: "Como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mateo, 12-40). "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. . . él hablaba del templo de su cuerpo" (Juan, 2-19, 21). "Nadie me quita (la vida), mas yo la pongo de mí mismo: tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar" (Juan, 10-18). "Aún un poquito, y el mundo no me verá más; empero, vosotros me veréis: porque yo vivo, y vosotros también viviréis." (Ídem, 14-19).

No es aquí el lugar más apropiado para indagar el importante valor y significado iniciático de tal demostración, entera **-mente análoga-**, pero contraria de aquélla de que nos habla la mitología hindú con relación a Yama, el dios de la muerte, que se Dios dice haber abierto tal camino para los hombres que, desde entonces fueron mortales. La demostración de Jesús es aquella que precisamente nos enseña a vencer la muerte, por medio de la regeneración, realizando la inmortalidad en la propia vida física, con una completa redención de nuestra manifestación individual.

Jesús murió sobre la cruz, su cuerpo aparentemente abandonado por el Espíritu fue sepultado, para ser luego reanimado, vivificado y hecho incorruptible, por la propia radiación interior de la conciencia que nuevamente se incorpora en aquél y lo transforma en vehículo perfecto y glorioso, que puede aparecer y desaparecer a voluntad, y por medio del cual se realiza el dominio y magisterio completo de toda la naturaleza.

La fecha que la tradición atribuye a este acontecimiento (el A. D. 33) es exacta con toda probabilidad, aunque haya quienes quieren retrasarla, al igual que la de su nacimiento.

EL CRISTIANISMO DE JESÚS

El Cristianismo de Jesús no fue, por cierto, una enseñanza dogmática, ni una revelación oculta, y tampoco una creencia una ley o una de conducta impuesta arbitraria y estrictamente, sino algo más simple, profundo y trascendente.

En esto se distinguió de todas las sectas y enseñanzas anteriores, incluidas las que pueden considerarse como formas de cristianismo precristiano, representadas y personificadas en Juan el Bautista, y que realmente abrieron el camino al cristianismo de los discípulos de Jesús **-que no pudo ser exactamente el mismo del de su Maestro-** lo recibieron y facilitaron su difusión: principalmente las escuelas pitagórico-platónicas, la de Hillel entre los judíos, y las comunidades místicas paganas y judías de las que hemos hablado.

Nada de esfuerzos exteriores, en el sentido de concesiones hechas a la ilusión material y a la evidencia del mal y de la imperfección: una sola cosa es, necesaria, como hubo de decirlo el Maestro a Marta, cuando ésta quería le impusiera su autoridad sobre María para ayudarla en sus quehaceres **-buscar el reino-**.

Toda la enseñanza de Jesús se concentra en el Reino de los Cielos, que hay que encontrar y buscar ya no "por aquí o por allá" sino dentro de nosotros mismos: "Ni dirán: helo aquí, o helo allá; porque he aquí, el Reino de Dios dentro de vosotros está" (Lucas, 17-21). Es la perla preciosa, para obtener la cual el sabio que la conoce vende todo lo que posee, el tesoro escondido en el campo "el cual hallado el hombre encubre, y de gozo de ello va, y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo" (Mateo, 13). Es el grano de mostaza **-la primera o sencilla vislumbre de la Verdad-** que, cuando sea sembrado, crece en un árbol fuerte y lozano; la levadura (de la misma Verdad) que hace leudar toda la harina (la masa de la mente); y su simiente, **EL GRADO MASÓNICO DE CABALLERO ROSACRUZ.**

En la luz del bosquejo histórico que hemos dado en las páginas anteriores, es todavía difícil decir cuál sea el origen primero de este grado, en cuyo simbolismo se reflejan el esoterismo cristiano y el misticismo

pre cristiano. Aunque su aparición como grado masónico, pueda históricamente asignarse al segundo cuarto del siglo XVIII o sea **-cerca de 120 años después del renacimiento de la Fraternidad en el primer cuarto del siglo anterior, en armonía con la Ley expresada en las palabras Post CXX annos patebo-** sabemos que reuniones de carácter rosacruz se verificaban en Londres, en la segunda mitad del siglo XVII, precisamente en la misma Casa Salomónica que hospedaba alguna Logia masónica; y había miembros de una sociedad que tomaban parte también en las reuniones de la otra.

Dado el carácter indudablemente más filosófico de la primera sociedad (que según parece tenía un solo grado) y el intercambio entre las dos, no es imposible que, aunque independientes, actuara aquélla como un verdadero capítulo, esforzándose principalmente en elevar y dirigir espiritualmente, iluminando y vivificando la hermana sociedad que entonces se hallaba en el período de crisis espiritual que hubo de preceder su renovación.

Cualquiera que sea la forma en la cual la parte esencial del simbolismo ritual viene a ser trasplantado, algún tiempo después en Francia, para establecer sobre el mismo un grado filosófico, adjunto a los tres simbólicos dentro de la propia Sociedad Masónica, y quienesquiera hayan sido los autores externos y las particulares intenciones que los motivaron, es cierto que el resultado no había de ser, en definitiva, muy diferente del verbo proclamado en su nombre y afirmado en su simbolismo. Las palabras relacionadas con ciertas ideas las atraen de una manera natural y fatalmente llegan a expresarla progresivamente en forma siempre más perfecta y completa.

La idea de la rosa unida a la cruz, no podía menos que reflejar de alguna forma todos los esfuerzos ideales y espirituales anteriores que había sostenido y alumbrado a través de los siglos históricos y en las noches y días prehistóricos: el espíritu del renacimiento y de la reforma humanista, el iluminismo y la alquimia medieval, la mística de los conventos y los viajes de los cruzados, la filosofía gnóstica y la teosofía neoplatónica, el primer cristianismo de Jesús y de los esenios, la esperanza mesiánica y la filosofía platónica y pitagórica, los misterios órficos y los de Eleusis, y más lejos todavía los sacrificios de los arios primitivos en honor de Agni, obteniendo la primera chispa del fuego sagrado como una rosa viviente en el propio centro de la esvástica, e igualmente todas las tradiciones relacionadas con el culto del Fuego, imagen del Poder Divino que purifica, anima y regenera. Todo esto y

más todavía habían de ser atraído por el Logos elegido, conteniéndolo como la planta la semilla.

Igualmente el título de Caballero **-ya sea del Águila y del Pelicano, ya sea simplemente Rosa Cruz-** no podía a menos de relacionar ese grado aparentemente nuevo con las tradiciones de la antigua Caballería en general (las leyendas de la Mesa Redonda y del Santo Grial, que renuevan en forma cristiana antiguos mitos paganos), y más particularmente con las de los Caballeros cruzados y templarios que llevaban el signo de la rosa cruz, o sea, de la cruz con el color de la rosa. Efectivamente, la capa blanca de los templarios, con la cruz sobre el pecho, se ha reproducido exactamente en la casulla cándida del Caballero Rosacruz, de suerte que no es injustificado considerar como templario el grado masónico de que nos ocupamos, como tampoco lo sería el llamarlo místico, alquímico, gnóstico o cristiano. Pero, y con eso, no deja de ser esencial y fundamentalmente masónico, como nos esforzaremos por demostrarlo en las páginas siguientes.